

trajes, como de los que se me quejó haber recibido de los grandes Ulpianos, Recacho y Alva.

Este fatal conjunto de desgracias circunstanciadas me hicieron creer desde los principios de nuestros movimientos, que seria ciega su adhesion á un partido por el que infaliblemente veria decidirse á los obispos, constantes protectores del vencedor; á los cabildos compuestos de egoistas, que solo anhelan por una vida sibaritica y voluptuosa; y lo que es mas al agonizante triunvirato del ignorante soberbio Prado, del chocho Flores y del rufian Alfaro. Mis temores no fueron vanos: en la perversa junta de seguridad que formaron los gachupines en Guadalajara declamaba mi padre sin cesar, y se constituyó el corifeo de la anti-insurreccion.

Qual fuese mi dolor y sentimiento al ver su desgraciada decision, solo lo supieron pocos amigos á quienes comunicaba mi pesar. El generoso Hidalgo le brinda con una toga y le ofrece mayores y rápidos ascensos; pero todo lo desprecia, y encerrado en las quatro paredes de su casa atenta á la autoridad nacional del modo mas insultante. ¡Oh adorado padre de mi corazon, mis lágrimas humedecen en este instante el papel sobre que estampo mis sentimientos! ¡Ellas no han interrumpidose desde el fatal punto en que llegó á mis manos la gaceta de México!

Los sucesos de la guerra, siempre varios y siempre funestos, me hacian temer que nuestras armas algun dia victoriosas en mi desgraciada patria, descargarían su justa venganza sobre la existencia de mi padre; existencia para mí mil veces mas preciosa que la mia propia, y lo primero que ruego á los dignos gefes de nuestra nacion es que si mi conducta reclamase alguna consideracion, esta se tenga con el autor de mis dias. Despues de estimularme el amor de mi patria; amor en sentir del gran Ciceron, preferible al del padre, al de los hijos y al de lo mas íntimo y sagrado, no llevé en mi resolucion otro objeto que poder algun dia conservar la vida á quien soy deudor de la mia.

El público, pues, sensato ya no admirará que mi padre haya prostituido su opinion; la política en la conducta observada en nuestros dias; la literaria que en un papel impreso en

Guadalajara tuvo la desgracia que se reimprimiese en México; y la natural pintandome con tan negros colores, y atribuyendome las infames notas de ingratitud y ciega adhesion al juego.

La prebenda que la ridícula junta Central me confirió, fué á vuelta de sacrificios, de gastos, y de toda aquella miserable táctica de envilecimiento que teniamos que observar los desgraciados americanos en la península; pero aún quando mi suerte hubiera sido brillantísima, aún quando no la hubiera debido sino á la particular predileccion de los peninsulares ¿no habria sido lo último del egoismo acallar en mi corazon los justos clamores de mi patria, por solo haber merecido á la casualidad un puesto honroso y descansado?

Creo degradarme, si aún intento inculcar el espurio origen á que atribuye mi padre la resolucion de incorporarme en nuestra santa insurreccion; el decoro con que me porté en México; el favor, correspondencia y trato íntimo con las primeras gentes, apoyado en mi conducta y menejo; y la honradéz con que no quise extraer de mi casa mas que seis camisas con el fin de que quedasen bienes muy excedentes á lo poco que restaba á mis acreedores, será siempre un eterno garante de mis sentimientos y hombría de bien.

Si mi casa entregada á la ferocidad desoladora de los alguaciles, de los individuos de policía y noveles alcaldes de Corte, todos por su instituto y esencia habilísimas aves de rapiña, no ha sufragado á mis cortas dependencias, atribuyase á que el sigilo con que verifiqué mi marcha, no me dió lugar á dexar mis asuntos con el órden que yo deseaba.

Amada patria mia, este nuevo sacrificio inmoló en vuestras aras, y ya puedo decir con propiedad: mi padre, mis hermanos, los que nacieron en mi misma casa, me miran como si fuera algun desconocido ó extrangero; el deseo de sostener vuestra gloria es el que me ha hecho sufrir tantos oprobios é ignominias: "extraneus factus sum fratribus meis et peregrinus filiis matris mae, quoniam propter te sustitui opprobrium: operuit confutio faciem meam."

Psalmo LXVIII.

**

Con fecha de 17 del corriente recibió el Exmo. Sr. presidente Lic. D. Ignacio Rayon dos oficios, uno del capitán D. Tomás Alcántara, dirigido á su coronel D. Atilano Garcia en que le noticia, que reunido con los capitanes Saucedo y Nava venció una partida enemiga en el pueblo de Tanepantla inmediato á México, mandada por el perverso Serna, lo-

grando hacerles once muertos, entre ellos tres gachupines, tomando una carabina, dos pistolas y tres sables: el segundo es del Sr. coronel Gutierrez, quien en compañía del capitán Teran acometió en las cercanías de Cadereyta á la piara inmunda del monstruoso Sierra, haciéndole once muertos y quarenta y tres prisioneros, huyendo el resto con la cobardía inseparable siempre del crimen.—En la imprenta de la nacion.

NUMERO 138.

Desengaños que á los insurgentes de Nueva España seducidos por los francmazonos agentes Napoleon, dirige la verdad de la Religion Católica y la experiencia.

DESENGAÑOS que á los insurgentes de Nueva España seducidos por los francmazonos agentes de Napoleon, dirige la verdad de la religion católica y la experiencia. Escritos por el doctor D. Agustín Pomposo Fernandez de San Salvador.

Videte ne quis vos decipiat per philosophiam & inamen falaciam secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, & non secundum Christum, quia in ipso inhabitat, omnis plenitudo divinitatis corporaliter: & estis in illo repleti, quia est capus omnis principatus & potestatis. D. Paul. ad Colossenses. C. 2. V. 8, 9 y 10.

Estad sobre aviso que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas segun la tradicion de los hombres, segun los elementos del mundo y no segun Cristo, porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente: y estais cumplidos en aquel que es la cabeza de todo, principado y potestad. San Pablo en su carta á los Colosenses version del P. Scio.

¡O vosotros qualesquiera que seais, insurgentes de Nueva España, dignos de la tierna compasion que solo se halla en el seno maternal de

la religion sacrosanta que tiran á desairrar de en medio de vosotros los que os han engañado! escuchad la voz de esta madre piadosa, que os habla con la de Dios depositada en la escritura santa y con la de vuestra propia experiencia, delante de las quales deben aniquilarse todos los sofismas del filosofismo frances, con que sin mentaros los nombres de Woltayre, Rousseau y otros sacrilegos impíos os están nutriendo en las máximas de estos mismos que han sido los maestros de Napoleon. Vuestros caudillos os dicen que son católicos, y que no quieren que dexéis de serlo: yo tambien creo que los mas de vosotros todavia lo sois, pero engañados miserablemente a causa de la ignorancia de la doctrina del evangelio. Y como por el bien de todos quisiera que cada uno de vosotros leyera muchas veces este papel, y muchas mas reflexionara y meditara las verdades cristianas que indicará, á lo menos á los pocos que leyeren he de suplicarles por las lágrimas misericordiosas de Maria Santísima Dolorosa, que si se precian de racionales no echen al olvido estas reflexiones: soy americano, amo de corazon á mis paisanos, veo su verdadera feli-

ciudad que consiste en no perder á Dios, como parte muy esencial de la mia, y amando juntamente la verdad, vuelvo á rogarles, que si no quieren perderse para siempre, atiendan y mediten lo que voy á decirles: no soy misionero pero soy cristiano, y la caridad fraternal de esta divina religion obliga indistintamente, aunque con ciertos límites, al sacerdote y al lego á procurar del modo que puedan evitar la ruina eterna de sus próximos.

Soy tambien un padre á quien habeis arrebatado el placer inocente y la alegría, y habeis introducido en mi corazon el desconuelo melancólico, que no cesa de herir su sensibilidad.

Despues de un año y quatro meses corridos desde que el Señor Dios me llevó de las manos una consorte verdaderamente virtuosa; vuestros emisarios abusando de la sencillez, candor y falta de mundo y de las virtudes con que ella educó á un hijo tiernamente amado, me le robaron y no sé al cabo de cinco meses siquiera por qué rumbo salió de esta capital. Yo les perdono delante del Dios que ha de juzgarlos, y le suplico me dé tanta sinceridad, que mi perdon le sea tan aceptable, que lo confirme haciendoles volver en sí como al prodigo del evangelio, hasta recibirles en sus amantes brazos: claro es que deseo que se desengañen: mi corazon profundamente herido y atribulado recobraría el placer, si volviesen á los senderos de la razon y del órden.

El triunfo del ejército del rey al mando de otro Simon Macabeo el Sr. Calleja en Quantla contra el formidable Morelos, tan completo, tan interesante y tan claramente protegido del cielo, traxo á mi corazon un júbilo tan grande y alhagueño, que destronó de allí á la cuitada melancolía, y besando la mano adorable de la Providencia que vela en guarda de sus criaturas, sentado baxo el sombrío povellon de un álamo negro, cuyas ramas una por una registraba una tortolita gimiendo dolorosamente por no hallar sus polluelos que la robó la traviesa inconsideracion de un niño, despues de compadecerme de su pena, imaginé que ya no debía asomar á mis ojos una sola lágrima.

Mas como el llanto, segun la frase de un texto sagrado, pisa siempre sobre la ropa del pla-

cer, no bien volví á mi posada quando mi imaginacion se nubló de nuevo, y me presentó tanta tierra nutrida de sangre, tantos cadáveres despedazados, tantos cráneos y huesos recientemente descarnados, tantos semblantes macilentos y llorosos, y tantos otros objetos de dolor y de lástima, que conmovida la compasion me puso entre los dedos la pluma para hablaros en solicitud de vuestro desengaño. ¡Ay de mí, exclamé agolpándose á mis ojos dos torrentes de lágrimas, si entre tanta carnicería estarán los pedazos de mi hijo seducido, ó sus huesos estarán mezclados entre tantos otros! Como es que tantos males de la guerra cruel y asoladora no llaman la atencion de tantos infelices al desengaño? Quizá el Dios de bondad se dignará, compadecido de ellos, dar algun vigor á mi pluma: ¡cuántas veces empleó medios tan despreciables para lograr los fines de su beneficencia! Me atreveré pues á decir algo.

¡Seducidos! ¿en qué se funda ese odio implacable á los europeos? en que se os dice que debeis conservar estos dominios para el cautivo rey Fernando VII: esta es una verdad, y será un perjurio y un traidor quien falte á tan justo y solemne juramento.

A esta verdad con que astutamente os preocupan á su favor los seductores, unen la falsedad con que os engañan: os han dicho que los gachupines, querian entregar el reyno á Napoleon, ¡qué osadía tan horrible la de quien ha querido persuadir tal cosa! El supone que sois los brutos mas estúpidos, y os hace la injuria mas atroz solo con proponeros tal absurdo; porque solo unos hombres embrutecidos hasta la estupidez pueden creer tal patraña: yo os hago justicia, y al veros enfurecidos contra los que habeis creído que querian entregarnos á Napoleon, diviso en vuestro furor una prueba de vuestra lealtad á Fernando VII; de vuestra disposicion de perder hasta la vida antes que faltar al juramento de conservar sus dominios; de vuestro amor á la religion católica que condena las máximas infames de Napoleon y sus sectarios, y de que aun exérais á este malvado: por lo mismo quisiera desengañaros, aunque fuese á costa de mi vida, y demostraros que los que tal os dicen, son los que quieren

quitaros la religion, quitar el cetro á Fernando y entregarlo á Napoleon.

Preguntad á los que tal os dicen ¿por qué toda la España antigua se alarmó casi en un propio momento contra los napoleones y franceses? ¿por qué habiendose sujetado á la dominacion del corzo casi todas las naciones europeas, solamente la española se ha resistido y resiste, y ha derramado un mar de sangre de esclavos de Napoleon franceses y estrangeros, y un rio de sangre de españoles católicos y leales; y antes se dejaría quemar vivo el último español verdaderamente cristiano, que sujetarse á la coyunda de hierro? ¿por qué? por dos razones: la principal es, que aunque las modas, el libertinage y la comunicacion de los franceses habian corrompido casi toda la gente de la corte, de los puertos y de las grandes ciudades, no habia cundido esta peste en la gente pobre de los pueblos y lugares cortos, y esta gente sabia la doctrina cristiana y amaba la verdadera religion que con tanto vigor intima la fidelidad al soberano: la segunda razon, hija del conocimiento y amor de la religion, es, que aunque la Francia ha tenido muchos santos y verdaderos católicos, juntamente alojó en su seno muchos hereges enemigos de la soberanía, por lo cual siempre tambien detestaron á estos los buenos españoles, y siempre conocieron su hipocresía, su doblez y astucia diabólicas, su impiedad y la falsedad de sus promesas: así ha sido que inútilmente pretendieron engañarles con los prometimientos de la defensa del catolicismo, de la proteccion á Fernando VII para la mejora del gobierno, de su restitucion al trono etc.: no les creyeron ni debieron creerles: si les creyeran, ya no habria uno que no fuera esclavo, como lo son los indignos del nombre español que les dieron crédito: los dominados por la violencia son héroes que padecen, no ven ocasion que no hagan entender á sus opresores, que jamás dominarán sus corazones, ni arrancarán de ellos el amor de la religion ni el de Fernando VII.

Si pues, aquellos españoles acosados del fuego y de las cuchidas del corzo, no han querido ni quieren despues de mas de tres años de trabajos indecibles doblarle la rodilla, ¿en qué cerebro sano puede caber la creencia de que

los españoles que viven en América tan distantes de aquellos peligros y trabajos entregarian estos dominios al aborrecible Napoleon? En mis primeros años vi una vez en San Hipólito á un pobre loco lanzarse alegremente á una hoguera, poniendo en las asquas la cabeza por hacer como él dixo, manchincuepa, que es lo mismo que dar voltereta: des religiosos lo cogieron y teniendole lloraba á un mismo tiempo por la quemadura de la cabeza, y reia y forcejaba queriendo repetir, mas nadie ha visto á un loco comer lumbré: ¿y podreis creer, que todos estos españoles sean mas locos que todos los del mundo? ¿quiere alguno de vosotros hacerse esclavo del corzo? ¿cómo pues creis que tantos millares de hombres libres quisieran hacerse sus esclavos, como infaliblemente lo serian si le entregaran este reyno?

Abrid los ojos y reconoced que los que os dicen tales patrañas son los hipócritas afrancesados, que alicionados por Napoleon ó por sus emisarios, fingen que adoran la religion cristiana, y realmente tiran á arrancarla de raiz si pudieran: fingen que adoran á Fernando VII, y lo que quieren es usurparle el trono de estos dominios y darlo á Napoleon, ó sentarse en él para esclavizaros, como abiertamente llegó á descubrirlo Hidalgo Costilla, segun lo demostraron ya con sus palabras mismas y con razones solidísimas el sabio y erudito Anti Hidalgo, D. Fermin Reygadas en su Aristarco, el Filopatro, y otros en escritos dignos de que todos los americanos los lean y reflexionen: *Videte ne quis vos decipiat &c.* Oid lo que nos previno el Apóstol S. Pablo: "Estad sobre aviso que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, segun la tradicion de los hombres, segun los elementos del mundo, y no segun Cristo: porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente; y estais cumplidos en aquel que es la cabeza de todo principado y potestad."

Mas tambien os dicen los seductores que los gachupines no adoran otro Dios que el oro y la plata: que son soberbios y orgullosos, tanto que cada uno se imagina ser un Hernan Cortes, y cree que por baxo que haya sido su nacimiento y obscura su educacion, es superior á todos los americanos sin excepcion de alguno: que es

miran como á sus esclavos y aun como á brutos: que os niegan la justicia, os compran barato y venden caro. Es verdad, yo lo confieso con igual franqueza que lo hizo el autor del Aristarco; pero debeis en justicia contentaros con que lo confiese de algunos pocos, no de todos; porque no es menos verdad que no son todos los que piensan y obran así: son unos pocos malos cristianos y malos gachupines que tienen la desgracia de carecer de talento, ó que si lo tienen, no lograron una buena educacion: son hombres hijos de aquel Adán y Eva, que fueron nuestros padres, y por cuya causa hay tambien algunos entre nosotros los americanos que han procedido del mismo modo y padecen las propias miserias; sin que por eso se infiera que todos los españoles europeos son malos, ni que todos los americanos son malos.

¿Quien sino Dios solamente puede hacer que todos los hombres sean buenos? Mas Dios permite que haya malos y los tolera y se apiada de ellos, porque sabe con infinita sabiduría quan miserables son todos despues de la caída de Adán: este padre comun perdió para sí y para sus hijos la justicia original: perdió la mansion feliz del paraíso: echado de allí al destierro del mundo que habitamos, transmitió en herencia á toda su posteridad las miserias y debilidades: de aquella pérdida, de aquel destierro y de esta herencia procede la violencia con que nuestras pasiones nos precipitan al mal: ellas nos hacen olvidar que el mundo es el destierro, y que no estamos en él sino para caminar á nuestro fin, que es el mismo Dios que fué nuestro principio: que este destierro es la habitacion del error, de la ignorancia, de la desdicha y del engaño: que si nos olvidamos de llevar siempre delante la antorcha de la religion, caeremos sin falta en el pozo de los vicios; pozo que mas ó menos obscuro y escondido está siempre debajo de nuestros pies en qualquiera parte que pisemos.

Por eso tambien vemos sin poderlo negar, que hay algunos americanos que solo tienen por Dios al oro y la plata: otros tan soberbios, que se creen superiores á todos los hombres del mundo: otros que tratan á sus hijos, á sus mu-

bien á todos los demas, como á esclavos ó brutos: otros que prostituyen la justicia: otros avaros, otros lascivos; otros en fin, tan malos cristianos como los mas malos cristianos europeos.

¿Por ventura, no hay entre los criollos como entre los gachupines padres amorosos, que habiendo consumido su vida en el trabajo para sustentar y dar á sus hijos la mejor educacion cristiana y civil, lloran hoy, lamentan y padecen la desgracia de que algunos de sus hijos, ingratos á sus paternales cuidados, despreciando sus útiles consejos, y creyendo mas á los falsos seductores, se han alejado de la casa paterna, no ya como el pródigo del evangelio para vivir lujurosamente, sino ademas para ser oprobrio de su patria, escándalo de la humanidad y negro borron de sus familias inocentes, para traspasar de parte á parte con los puñales de su ingratitud y de su ignominia los corazones amorosos de sus sensibles padres, y hacerse á sí mismos pecando y delinquiendo tanto mal que reunidos todos los demonios del infierno no les podrian hacer otro mayor?

¡Ah. . . *baeret lateri laetbalis arundo*; sí, no puedo disimular que mi corazón lleva la saeta mortal atravezada, y que no puedo arrancarla: sí, pero ¿como arrancarla, si hablando la verdad debo por mi triste experiencia confesar que hay hijos tales? ¿Como, si debo conocer, que si hay alguno escarmentado y arrepentido (como aquel que Jesus puso por exemplar sin excluir jamas su misericordia los abandonados á todo género de vicios y de crímenes) vuelve á los amantes brazos de su padre; muchos no vuelven porque el pecado venda sus ojos, y no les dexa ver los lazos que los aferan, hasta que los rompió la muerte arrebatándoles improvisamente, y presentándoles en el tremendo tribunal de Dios, entónces inexorable, oyen de sus labios la terrible sentencia: *apartate de mí, maldito de mi padre, al fuego eterno.*

¡Padres afligidos por desgracia semejante! yo os compadezco, tanto mas, quanto soy de vuestro número, y no puedo sacar de mi seno la saeta dentada que ceba en mi corazón la inhumanidad mas desapiadada: recibid estas lágrimas que mi sentimiento y la compasion de

vosotros derraman por mis ojos. . . y vosotros insurgentes engañados, reflexionad quan inmenso y atroz es el cargo que os hará sin falta el supremo juez por haber seducido y corrompido el corazón de qualquier jóven. ¿Sereis tan crueles que tengais por crimen este desahogo, este levísimo lenitivo del dolor de un padre que llora la perdicion de su hijo y la vuestra, y que ni á él, ni á nadie desea mal ninguno? No lo espero y prosigo.

Si lo dicho acontece á los que ni nacieron en España, ni jamas la pisaron, y sucede tambien á los que no tienen dentro de sus venas una gota de sangre española, ¿como es que no veis que os engaña quien os pinta los pecados de algunos españoles como si ellos solo pecaran, para inflamaros en furor y en odio? Tal vez os dicen ya sin embozo, que no pertenece á la antigua España la nueva, y os prometen montes de oro y de felicidades por su separacion.

Preguntad empero á los que tal os digan, ¿quien hizo nacer á Pio VII para sumo pontífice? ¿quien á Fernando VII para rey de ambas Españas? ¿quien á Napoleon para azote tirano de la Europa? ¿quien á otros para que toda su vida fuesen zapateros, ganapanes &c.? ¿quien sino el Dios solo, verdadero, grande y poderoso, que hizo que encima del éter purísimo y sutilísimo que no puede sostener el peso de la pluma de un páxaro, se sostuviera ese sol, esa luna, esa estrella Syrio, y tantos otros astros, de los cuales los mas exceden en tamaño á la tierra por crecido número de millones de leguas, y sus enormes masas no la exceden menos en el peso? El Omnipotente con su dedo señaló á cada uno en el éter que llena el espacio, la senda por donde habia de caminar, y cada uno ha girado por ella mas de siete mil años y girará hasta el dia postrero del mundo, sin que su incalculable peso ni su desmedido tamaño le haga parar la carrera, ni le impela á desviarse de la órbita de aquella senda.

¿Quien hace nacer la yerba en la endadura de esas inmensas murallas, de esos peñascos altísimos, en aquellos lugares los cuales no pudo jamas pisar ni aun tentar con su mano, no ya el hombre ni el bruto, mas ni la osada lagartija, ni el paxarillo sutil? Dios, que man-

tiene allí la yerba y la simiente para mantener los gusanos é insectos invisibles, que plugó á su bondad que allí nazcan, y que su providencia paternal no quiere que les falte alimento, abrigo ni defensa. ¡Ah! que no es necesario acopiar pruebas para que no dudemos que nuestro Dios es el único verdadero criador, conservador providentísimo, dueño y gobernador del universo: ¿como pues, sin mengua de la racionalidad con que nos dotó, negaremos que este Ser de los seres es el rey supremo de la tierra que habitamos todos los descendientes de Adán? ¿Como dudaremos que es el dueño de ella, y que á su dominio supereminente toca repartir los cetros á los reyes terrenos para que en su nombre gobiernen á los pueblos, casi siempre para beneficiar á los hombres, y algunas veces para castigarlos. Dios es quien da los reyes á los pueblos, si buenos son imágenes de la bondad de Dios; si malos son imágenes de la ira de Dios.

“Oid, dice Dios en el libro de la Sabiduría, oid los reyes y entended: aprended jueces de la tierra, escuchad vosotros los que dominais los pueblos y haceis lo que os gusta en las naciones: el Señor es quien os ha dado la potestad, y vuestro poder y fuerza procede del Altísimo, quien tomará quenta de vuestras obras y juzgará vuestros pensamientos; porque siendo ministros de su reyno no juzgasteis rectamente, ni guardasteis la ley de la justicia, ni cumplisteis su voluntad.”

¿Qué mas claro ha de ser, que de ningun modo y por ningun motivo toca á los pueblos juzgar á los reyes que les dió Dios, aun quando estos reyes sean muy malos? ¿qué mas claro ha de decir Dios, que reservó á sí mismo el juzgarlas? Pero aun prosigue el texto sagrado hablando á los pueblos en varios lugares.¹

“Temedme á mí y honrad á los reyes, los cuales por mí reynan, por mí imperan y resuelven con discernimiento de justicia. A mi semejanza hacen todo lo que les place; pero lejos de seros lícito pedirles cuenta de sus excesos guardaos aun de murmurarlos en vuestro corazón,

¹ Pro. 8. V. 15. & 16. cap. 21. 1. cap. 24. Tob. 2. 9. y 12. 7 Ps. 2. V. 10 y 11. Eccl. 10. V. 20. Ose. 13. 11. D. Pet. epis. 1 cap. 2. V. 13 &c.

porque de repente vendrá vuestra perdición y entera ruina. Aunque sean perversos, yo soy quien los hago reynar para castigar vuestros pecados: quitad estos y mudaré su corazón que está en mis manos. Yo también doy los reyes tiranos, aunque los doy en mi venganza."

¿Y que intentan los insurgentes sino juzgar al rey contra la prohibición de Dios, examinar su título, desconociendo el que tiene de Dios, y buscar para ellos mismos y para los pueblos su perdición y entera ruina? Y esto cuando tenemos las más robustas pruebas de que Dios puso el cetro en la mano de un rey bueno como Fernando VII: cuando estamos viendo diariamente al Altísimo ejecutar su terrible amenaza en los caudillos, en los seducidos y en los pueblos de América.

Temed, engañados, al Señor que os habla, ya que antes ignoraseis sus palabras que depositó en la escritura santa, desde ahora que no podeis alegar esa ignorancia, temed los castigos que dictó y aprobó el Omnipotente contra los sediciosos y regicidas: mirad la tierra que se abre para tragarse vivos á los tres sediciosos que osaron sublevarse contra Moyses, y fulminar llamas para abrasar á sus partidarios: ved como perece la ciudad de Siquén con todos sus habitantes por haber proferido con audacia idéntica á la que despues leereis de vuestros gefes: ¿quien es Abimelec, y quien la ciudad de Siquén para estar sujeta á él? Responded, sí, responded impávidos á quien os haga semejante pregunta: Fernando VII es nuestro legítimo rey, escogido por Dios en su bondad, y la nación española y americana reunida en las Cortes generales y extraordinarias por la cautividad del monarca, es quien tiene la soberanía y quien legitimamente nos gobierna: tal es la verdad, tal el lenguaje que debemos hablar si queremos hablar y obrar como cristianos, según la doctrina y máximas deducidas de las divinas escrituras.

No sea pues el pacto social, ni la sucesión hereditaria: sean nada las conquistas, los pactos y enagenaciones de los tratados de paces y de alianza; nada las prescripciones, ni los otros títulos que conocen las naciones: sea todo nada comparado con este radical y eminente tí-

tulo emanado del dominio absoluto de Dios, por quien reynan los reyes y los legisladores atinan lo justo; como lo ha dicho el mismo Dios en el cap. 8. V. 15. del sagrado libro de los proverbios.

Y como mi dulcísimo Jesus, por quien somos cristianos, es Dios consubstancial á su Padre, y los dos con el Espíritu Santo no son más que un solo Dios: como en calidad de hombre unido inseparablemente á su divinidad, conquistó con las humillaciones y tormentos que padeció, y con su afrentosa y sangrienta muerte traspasado de cruelísimos clavos en la cruz, el reino que á fuer de Dios era suyo desde la eternidad, y jamás lo perdió ni lo perderá; pero los hombres habían perdido el derecho de subir á él, y por eso su misericordia le hizo ganarlo á fuer de hombre para abrir sus puertas á los hombres: como en calidad de hombre también se le dió toda potestad en el cielo y en la tierra, según lo dixo á sus apóstoles en Galilea, y lo refiere el evangelio de S. Lucas en el cap. 28. V. 18: como cantó David en el salmo 61. V. 12, que toda potestad es de Dios, y el V. 4. del cap. 6 del libro sagrado de la Sabiduría, que los reyes, los jueces, los xefes de los ejércitos, y todos los que mandan á otros en la tierra, no lo hacen con otra potestad que la que han recibido de Dios: como finalmente llenas están las páginas de la Biblia de indubitables textos en que el Señor nos repite lo mismo: ningún cristiano puede dudar que San Pablo escribiendo á los romanos (cap. 13. V. 1.) sentó una verdad incontrastable diciéndoles: que no hay potestad alguna que no venga de Dios; y á los colosenses en las palabras que antes cité del cap. 21. V. 8, 9 y 10: que Jesucristo es la cabeza de todo principado y potestad; amonestando por lo mismo á los cristianos para que no se dexen engañar por los sofismas vanos de los falsos filósofos del mundo.

Sean pues nada todos los títulos que indiqué: pero sabiendo esta palabra de Dios ¿podreis dudar que cuando nuestra América yacía en el seno de la idolatría, y plugó á su Criador beneficentísimo sacarla del caos á la luz de la verdad del catolicismo, quiso quitar los cetros

á los infieles idólatras y los puso en las manos de los reyes católicos? Decid en buena hora con el sabio Benedictino Feijoo y con tantos otros, que no hay derecho de conquista: decid, si quereis á pesar de la ley de Indias que tenéis jurada que tampoco hay derecho de pacificación; pero ¿como, reconociendo el dominio absoluto y supremo del Criador, Conservador y Redentor del mundo? ¿como aderando al rey de los cristianos Jesucristo coronado de espinas? ¿como siendo cristianos podreis negar que para establecer en este suelo la religion pura sin mancha, y para que á su vez cada uno nacieramos aquí, y al punto fuésemos cristianos los que hoy existimos, y los que existieron y han muerto en el periodo casi de tres siglos, la providencia infinitamente sabia, misericordiosa y admirable de este gran Dios, dió el imperio de América á los reyes de España, como en otro tiempo el de Israel á David reprobando á Saul, y en otro el de España á los Godos para que Recaredo adjurase la heregia con todo su reino, y para que la divina religion se arraigara tan profunda é inarrancablemente en los corazones españoles, que ni todo el poder del infierno, que es el de Napoleon, haya podido desarraigarla de los leales que sostienen la tremenda lucha?

Jamás fué lícito revocar á duda este dominio supereminente de nuestro Dios; del qual es una consecuencia forzosa la providencia altísima con que da los cetros del mundo á quien quiere, y á cada hombre el destino que conviene, á los fines inescrutables de su providencia: pero si es lícito explicarme así, mucho menos en nuestros tiempos; porque hemos visto lo que sería increíble á no haber acontecido ya. ¿Quien dixera al justo y poderoso Luis XVI quando convocó la asamblea general de sus reynos para tratar de aliviar las cargas á sus vasallos, que en vez de esto conseguiría morir en un cadalso, para que aumentados los pecados de la Francia, Dios los castigara y el buen rey no dudara coronarse de gloria sempiterna, oyendo de los labios del abate de Fermont al recibir el golpe que cortó su cabeza aquellas palabras sublimes: "*Id hijo de San Luis subid al cielo?*" para castigar los

pecados de la Francia, permitiendo así que se aumentaran: sí, porque una manera tan conocida como tremenda con que Dios castiga á los malos es abandonarles en las manos de sus propios consejos, manteniéndoles la vida y sufriendo que aumenten pecados, para que su justicia triunfe y resplandezca más en el mayor castigo.

¿Quien dixera al nieto de San Luis que despues de ahogar en sangre toda la Francia los insurgentes revoltosos de allá, y despues de ahogados en la misma sangre los más de ellos, el cetro sería empuñado por un extranjero tan vil y tan desconocido entonces del mundo, qual es Napoleon? ¿quien á tantos potentados de Europa, que sus cetros se reunirían en la misma mano usurpadora? Ello es indubitable, y no lo es menos que Dios irritado por los pecados de la Europa lo hizo armando del poder del infierno á Napoleon para erigirle verdugo de su justicia, executor de sus venganzas: así para castigar los pecados de su pueblo puso los cetros en las manos de Faraon, de Nabuco, de Cyro, de Alexandro y de otros infieles idólatras, enemigos del mismo Dios por quien reynaron, sin embargo, y de quien tubieron la potestad.

Así también para castigar los pecados de las Españas antigua y nueva, ha permitido á Napoleon poner en práctica todas las artes diabólicas y venenosas de Woltayre, Rousseau, D' Alembert, Diderot, y de toda la caterva de falsos filósofos que excavaron con sus escritos pestilenciales los cimientos de los tronos que los hombres tenían por indestructibles.

Pero si para castigar los pecados de las Españas permitió este gran Dios que una reyna infeliz y digna de lastima, se dexara dominar de un ministro indignamente elevado del polvo al solio, y para castigar también á estos mismos descargó sobre sus dominios el azote de Napoleon, azote de fuego encendido en el abismo; entonces fué, entonces quando de una manera prodigiosa manifestó este Dios, dueño de los cetros, su voluntad decidida en favor del joven Fernando para poner como realmente puso en su mano el cetro de ambos mundos: si permitió despues, porque nuestros pecados y los de nuestros hermanos le obligaron á ello contra